

La obra de Nicolás Gómez Dávila

Presentación de Hernando Téllez

[...]

La presencia discretísima, casi clandestina, en nuestro medio, de un tan grande escritor, fue revelada así a través de ese mensaje confidencial. El libro de Gómez Dávila descubrió, para sus pocos lectores, una imprevista y espléndida sucesión de la regia familia de los moralistas franceses del XII y del XVIII, en idioma español. El hallazgo valía la pena de ser contado públicamente, aun violando la obvia consigna de silencio que se desprendía del carácter privado de la edición y de la actitud de sencilla reserva guardada por el autor. Desde las páginas literarias de El Tiempo, un lector de Gómez Dávila se atrevió a dar la buena nueva: la literatura en español adquiriría un escritor cuya profundidad y riqueza de pensamiento, y cuyo estilo, lo situaban en un plano extranacional de primera categoría.

Como en los casos clásicos de La Bruyere o de La Rochefoucauld o de Joubert, el aforismo de Gómez Dávila es una especie de precipitado final en que se resuelve, se expresa y sintetiza un largo proceso de meditación, y en que se cristaliza y codifica una vasta corriente de experiencia y de sabiduría. “Quien así escribe”, dice el mismo autor a propósito de su particular manera de expresión literaria, “no toca sino las cimas de la idea, una dura punta de diamante”. Una dura punta de diamante. He ahí la definición perfecta y la calificación, no menos perfecta, de sus notas y para sus notas. Todo cuanto no aparece explícito en ellas, en esa apretada estructura, se halla, sin embargo, como en la punta de diamante, subyacente, incorporado, tácito. Y del mismo modo que en una punta de diamante se encuentra resumido el sordo trabajo milenar de la tierra, en su nota se integra, para florecer en un solo acto imperial de la inteligencia, todo el legendario proceso de la cultura. “Toda civilización es un diálogo con la muerte”, dice Gómez Dávila. Esta afirmación supone un proceso de pensamiento tan hondo,

tan desinteresado y tenaz como el de los minerales de la tierra para obtener el súbito esplendor en que cuaja el diamante.

Una confesión de tipo pascaliano acuñada en la fórmula literaria de La Bruyere. Esta podría ser, acaso, una aproximada descripción de la tentativa intelectual, personal e íntima, de Gómez Dávila y de su expresión formal. Lo uno y lo otro —tentativa personal y expresión— representan, a nuestro juicio, una sorpresa en la literatura española, evidentemente pobre en esta clase de confesiones. El idioma español que aparece literariamente irreductible a la maravillosa minimidad y economía de la sentencia de La Bruyere o del pensamiento joubertiano, encuentra en la frase de Gómez Dávila, para tal empresa, un molde intachable. Desde el bronco balbuceo de los cantares de gesta hasta la ondulación elocuentísima de la prosa de Ortega, nuestro idioma es un soberbio estrépito marcial, algo así como un vasto y explícito rumor de espadas. Una prodigiosa y viciosa elocuencia exterior, parece impedir el acceso a un resultado formal semejante al de La Bruyere o al de Joubert.

En la escritura literaria de Gómez Dávila, el estilo se vuelve pura piel, fina corteza adherida biológicamente, íntimamente, al hueso de la idea. Con su obra entramos al reino astringente y puro de las ideas, iluminado en todos sus

recintos por la presencia y la gracia de la belleza. Una belleza esencial al propósito, otorgada con mano rigurosa. Y con esa obra nos encontramos ante el esquivo y supremo hallazgo de un grande, de un verdadero escritor.

Con esta breve presentación se publicó una selección de Notas de Nicolás Gómez Dávila en la revista Mito (Bogotá, 1956). Entregamos aquí, a nuestra vez, una muestra de esa selección.

*

La cultura es una persistente disposición a la lucidez.

*

La juventud nos da con generosidad aquello mismo que la madurez necesita conquistar diariamente para no perderlo.

*

Un sistema teológico sólo presta un vocabulario transitorio a una afirmación religiosa constante. Definir, por ejemplo, el alma como substancia simple no es más que una manera de proclamar, en el lenguaje de una técnica filosófica específica, la certidumbre, la fe o el anhelo en la inmortalidad del alma.

*

Toda conclusión lógica desilusiona, como todo sueño realizado. Una incertidumbre exaltada es el lugar adecuado del alma.



Martin Boyce, *Sin título (Hojas concretas)*, 2006, heliogravado, 51 x 72 cm, Galería Nacional de Escocia.

*
La idea de Revelación no excluye la existencia anterior de nociones análogas o similares a las nociones reveladas.

La Revelación no consiste tanto en enseñar una noción nueva, como en autenticar una noción ya existente.

Elegir es su función propia.

La Revelación preside el acierto que proclama.

*
Cuando una milagrosa providencia nos concede el destino que anhelábamos, nada nos sorprende

tanto como descubrir que aceptar el cumplimiento de nuestros sueños requiere una resignación desolada.

*
Ningún acto material basta para destruir una civilización. Las civilizaciones mueren de la indiferencia ante los valores específicos en que se fundan.

*
Toda catástrofe es una catástrofe de la inteligencia.

*

En nuestra sociedad burguesa todo revolucionario es un burgués humillado.

*

¿Cómo censurar al artista moderno a quien embriagan las promesas comunistas? ¿y cómo no dudar de su inteligencia?

*

Lo que detiene a la mayoría de nuestros contemporáneos ante el umbral del comunismo es la más baja y vil porción de su ser, como si en nuestro tiempo miserable la sabiduría pudiera sólo subsistir refugiada en turbios rincones.

*

La capacidad de sufrir mide la magnitud del consuelo. Si no hubiese encontrado su inimaginable respuesta, un solo grito helado en el espacio habría anulado al universo.

*

La rutina aplaca nuestra inquietud, porque es nuestra cómica manera de participar en lo eterno.

*

Que, en nuestro tiempo, “rutinario” sea un insulto, sólo comprueba nuestra ignorancia en el arte de vivir.

*

Toda rutina es liberación del alma.

*

El anhelo pedagógico ha sido el consejero secreto de las peores tonterías de la historia y de sus más horrendos crímenes.

*

Quien se atreve a predicar sin previas vigiliass de agonía se prepara infiernos de angustia.

*

De las vilezas de la vida sólo logra redimirse quien las transforma en materia de sus obras.

*

¿Morará mi corazón eternamente bajo la sombra de la viña, cerca de la tosca mesa, frente al esplendor del mar?

*

La ironía transforma en benevolencia el odio impotente.

*

La blasfemia es a veces una protesta de Dios mismo contra un simulacro que lo desfigura.

*

Ensayar de comprender más de lo que hay que comprender es la mejor manera de no comprender.

*

Todas nuestras defensas contra la enfermedad, la vejez o la muerte suponen un vigor del espíritu que la sola amenaza de la muerte, la enfermedad o la vejez debilita y mina.

*

Una existencia feliz es tan ejemplar como una existencia virtuosa, y quizá más valiosa, porque si la una puede guiarnos, la otra nos consuela.

*

Pensar no tiene más objeto que prepararnos a vivir, dicen los tontos. En verdad, vivir no tiene más objeto que permitirnos pensar.

*

Sólo un cristiano puede despreciar la democracia sin necesidad de inventarse una mitología cruel.

*

El mal humor expulsa la densidad de las cosas, y las hace aparecer como corteza transparente y liviana sobre un vacío. El buen humor, en cambio, descubre en todo un espesor misterioso y como una fecundidad inagotable.

*

Por ambición y vanidad llegó a la santidad: Dios le pareció el único espectador que valía la pena entretener.

*

La espontaneidad es el único valor de ciertos gestos. Así, sólo la libertad del hombre puede haber sugerido a Dios que lo creara.

*

Lo coherente es arbitrario. La ambigüedad es la característica última de la realidad.

*

Todas las pruebas de la existencia de Dios se subordinan en las filosofías idealistas a una previa meditación sobre la pequeñez del hombre, y en las filosofías realistas a una meditación sobre su grandeza.

*

El aporte filosófico de las matemáticas me parece haber consistido hasta hoy en algunas metáforas.

*

Lo que más usualmente cansa a una mujer son las mejores cualidades del hombre que ama.

*

La peor traición no es la que arruina la felicidad, sino la que ridiculiza las más nobles cualidades de la mujer o del hombre.

*

El hombre no es el vehículo de las ideas, sino su ambigua y dura realidad.

*

La idea es el recurso desesperado de quien no halla la carne inmortal y vil que solo anhela.

*

Toda simpatía recíproca es una explotación alternativa.

*

La nobleza o la hermosura de las cosas poseídas sólo aparecen a una meditación tardía. Nunca logramos ser más que nuestra propia posteridad.

*

No existe triunfo que sea más que un noble fracaso.

*

Elegancia, dignidad, nobleza, son los únicos valores que la vida no anula necesariamente.

*

La necesidad de obedecer sólo a una exigencia interna nos limita, pero esa limitación es el precio de la autenticidad de nuestro espíritu.

*

Nada tan peligroso como resolver problemas transitorios con soluciones permanentes.

*

Mientras más honda sea una convicción, más trivial es la fórmula en que se expresa.

*

Traicionar su clase exalta al burgués y deprime al proletario.

*

El gran novelista es capaz de crear los personajes más diversos; uno solo le es vedado.

*

Toda solución auténtica es intransferible, porque toda solución se identifica con una situación, una experiencia, y un acto. La filosofía tan sólo intenta remover los obstáculos que nuestra inteligencia incansablemente acumula.

*

Negarnos a pensar lo que nos es antipático, es la más normal, la más fácil, y la más grave limitación que nos amenaza.

*

El futuro es intolerable, porque allí es donde los imbéciles construyen, sin estorbos, sus sueños.

*

La inteligencia que pronostica espera que la vida la ratifique, y anhela que la engañe.

*

La sociedad del futuro: una esclavitud sin amos.

*

La crueldad de las sociedades construidas por doctrinas democráticas es proporcional a la generosidad de sus promesas.

*